



José Carreras: Fue de menos a más

José Carreras en México

El pasado 3 de abril se presentó el célebre tenor catalán **José Carreras** (España 1946) en Acapulco, acompañado por la flamante orquesta estatal dirigida por su titular, el maestro **Eduardo Álvarez**. Fue la última de tres presentaciones en nuestro país; las anteriores fueron en Monterrey y en la Ciudad de México. Actuó con casi llenos en las tres plazas. El público acudió a ver al hombre, a contemplar al legendario tenor, más que a oír al cantante, pues ya no hay mucho que escucharle al artista, muy deteriorado por los años y por la lucha contra el cáncer que se le diagnosticó a finales de los 80. Tras librar una tenaz batalla para su recuperación, crea, pocos años después, la fundación internacional contra la leucemia que lleva su nombre.

Sabina Puertolas, soprano (Aragón, España, 1964) acompañó a Carreras en estos conciertos. Ella es ganadora de varios concursos internacionales de canto. Debutó en 2001 en la Scala de Milán con el personaje de Oscar en *Un ballo in maschera*, de Verdi. Desde entonces su carrera en la ópera y zarzuela ha ido en constante ascenso. Cautivó al público mexicano con su gracia, cristalina voz y magnífico canto, convirtiéndose de inmediato en la triunfadora de estos conciertos.

Carreras lució muy delgado pero elegante y refinado, sumamente serio, casi enojado; no recibió a nadie ni antes ni después del concierto, ni dirigió al público una sola palabra, sólo salió, cantó y se fue, cual es su costumbre. El programa comenzó con la

“Farandole” para orquesta sola, de la suite *La arlesiana* de Bizet, que sirvió para abrir boca. Salió entonces Carreras con un paso cansado y cuidadoso, y el público le obsequió un cariñosísimo aplauso de más de un minuto; es obvio, la gente lo adora. Comenzó con un par de canciones italianas: ‘L’ultima canzone’ de Tosti y ‘Pecchè’ de Pennino, como las puede cantar ahora: uno o dos tonos abajo. En seguida salió Sabina Puertolas, y nos deleitó con el ‘Je veux vivre’ de *Roméo et Juliette* de Gounod y se echó a la bolsa al público. ¡Toda una *prima donna*!

Durante la velada cantó también ‘Les filles de Cadix’ de Léo Delibes; ‘Carceleras’, de la zarzuela *Las hijas de Zebedeo*, de Chapí, canción de gran virtuosismo que debe ejecutarse con mucha gracia (cosa que a esta soprano le sobra). Interpretó también la romanza ‘Me llaman la Primorosa’ de la zarzuela *El barbero de Sevilla* de Gerónimo Giménez (este compositor se obsesionó por escribir su nombre y apellido con G). Al final, con Carreras interpretó el dueto y jota de la zarzuela *El diño de la Africana*, de Fernández Caballero. El público, encantado. Carreras fue de menos a más. Continuó con más canciones italianas: ‘Silenzio cantatore’ de G. Lama, y ‘Passione’ de N. Valente. Y, en catalán, la bellísima ‘Rosó’ del sainete lírico *Pel teu amor* de J. Ribas.

En la segunda parte, ‘Lejana tierra mía’ —donde Carreras tuvo momentos sublimes de musicalidad— y ‘El día que me quieras’ de Gardel. Hay que decir que, en casi todas las canciones, Carreras



Sabina Puertolas: Toda una *prima donna*

equivocó el texto. Después, en la romanza ‘Ya mis horas felices’ de la zarzuela *La del Soto del Parral*, con música de Soutullo y Vert. Lo cantado por el tenor catalán seguía estando uno o dos tonos abajo, pero aquí Carreras estuvo más entregado y emotivo. ¿Será que ahora comenzaba con la música española?

Sólo restaba *El dúo de la Africana*, que encantó al respetable. Se despidieron con algunas piezas de regalo: ‘Granada’ de Lara y ‘Core ’ngrato’ de Salvatore Cardillo, con Carreras solo; ‘Solamente una vez’ de Lara, cantada a dúo; y ‘O mio babbino caro’ de Puccini, con la soprano sola, fue tal vez el momento más sublime del concierto. Se despidieron los dos con el *Brindisi* de *La traviata* de Verdi.

La revelación en esta gira, fue sin duda Sabina Puertolas. Ojalá que las autoridades del INBA la inviten pronto a cantar ópera. José Carreras: una leyenda del canto. Estos recitales tal vez hayan sido su adiós al público mexicano.

por **Mauricio Rábago Palafox**

Furor operístico

El domingo 9 de mayo arrancó por Canal 22 el *reality show* televisivo *Ópera Prima* que, además de servir como plataforma para nuestros jóvenes valores de la lírica, pretende captar nuevos y mayores públicos para lo máspreciado de cuanto hoy día exporta México en materia cultural: sus voces. Ojalá sirva también para reconocer que a un lado de nuestros extraordinarios tenores, nuestra cantera es rica en todas las tesituras, y que no porque aquí no tengan trabajo o sean poco conocidos carecemos de voces “de

clase mundial”, como las de Rebeca Olvera, Guadalupe Paz o Alfredo Daza, por dar solamente tres ejemplos.

Al margen de cuán poco atractivo y nada riesgoso resulta refritear por enésima vez un título tan sobado como la *Carmen* que exhuma la Compañía Nacional de Ópera a partir de este fin de semana, es innegable que la mejor ópera que se ve en esta ciudad es aquella que se proyecta desde el Met al Auditorio Nacional en cuyo *lobby* —dicho sea de paso—, recién fue inaugurada *Memorabilia*, una tiendita que, espero, pronto venda tantas joterías y *souvenirs* como los que uno encuentra en su par neoyorquino.

Sin embargo, como soy partidario de que “la música viva siempre es mejor”, hoy voy a hablarles de un par de óperas que presencié la semana pasada en dos puntos de nuestra geografía que —además— comparten el vivir actualmente bajo el temor y el estigma del narcotráfico: Morelos y Sinaloa.

A iniciativa del maestro **Jesús Suaste**, y cobijada por el Instituto de Cultura local, el jueves 29 presencié en Cuernavaca la primera función brindada por la novel Compañía de Ópera de Morelos, un *Elixir de amor* de Donizetti de dispares resultados: la sencilla escenografía de **Laura Rode** y el grácil trazo escénico de **Óscar Flores** enmarcaron un par de coros locales y las solventes voces de **Verónica Lelo de Larrea** (Adina), **Jorge Lagunes** (delicioso en su primer Dulcamara), **Verónica Ayala** (Gianetta), el bienvenido debutante **Christian Adán** (Nemorino) y, como Belcore, el propio Suaste.

Carlisse Novo se robó la función con su mínima intervención

como abuela del pueblo y qué tan buena impresión habrán dejado que paliaron mis ímpetus por abuchear aún más los estropicios causados desde el recién habilitado foso del Teatro Ocampo por ese sordo émulo de *robocop* que es **Michael Meissner**, quien ya pegó su chicle también por allá, vendiéndose como (des)concertador de la Orquesta de Cámara de Morelos.

La noche del domingo presencié, en plena vía pública y sobre la calle habitualmente más transitada de Culiacán, la reposición de una *Cavalleria rusticana* de Mascagni a la que la proverbial ineptitud burocrática impidió fuera montada donde se anunció: en el atrio de la Catedral culichí. Salvo por la interferencia radiofónica, el coro y la orquesta, sabiamente concertados por **Gordon Campbell**, tuvieron una decorosa sonorización.

Desgraciadamente, no puedo decir lo mismo de la padecida por los protagonistas, pues fuera de la correcta e histriónicamente entregada Santuzza que recreara **Fabiola Venegas**, a sus compañeros o se les interrumpía la señal o parecían cantar desde el fondo de un garrafón, y en esas condiciones sería injusto emitir cualquier juicio sobre su desempeño. Eso sí: lo que no mejoró en nada la propuesta presenciada hace un lustro en Villa Unión fue la inclusión de tanta comparsa que más allá de estorbar y hacer bola, sigo sin entender por qué razón engrosó la nómina.

¡Quién lo diría!: una vez más, ha sido apostando por la más completa de las manifestaciones de la cultura que la gente sale nuevamente a las calles y regocijada, enaltecida y en paz, vuelve a sus hogares. Ante tanto furor operístico por todos lados, no quiero imaginar cuánto estarán trabajando al respecto nuestros cultos, eficientes e imprescindibles funcionarios del INBA...

por **Lázaro Azar**

Il maestro di capella y La serva padrona en Monterrey

La Facultad de Música de la Universidad Autónoma de Nuevo León nos sigue agradando año con año con puestas operísticas deleitables. En esta ocasión pudimos contrastar la genialidad de dos maestros del siglo XVIII; uno revolucionó la ópera bufa del barroco y el otro fue uno de los mayores compositores operísticos del clasicismo italiano.

La realización escénica de **Rafael Blásquez** consistió en una propuesta elegante que ayudó a subrayar la escena sin ahogar músico-sistemas tan delicados como lo son ambas óperas. La casa de Uberto con paisajes barrocos de fondo que engalanaron de

reminiscencias dieciochescas y el cuidado de la luz fueron dos de los elementos destacados.

El trazo escénico de **Sergio García** poseyó la claridad habitual de este maestro, incluyendo un sentido elegante de comedia sin excesos. Fue genial (y me atrevo a decir que Domenico Cimarosa habría aprobado con una sonrisa) la interrupción hacia el final de la obra con la salida de los músicos, molestos por falta de pago. El vestuario de **David Zambrano** armonizó con el resto del concepto.

Il maestro di capella (estreno en Monterrey) fue a mi juicio el momento más disfrutable de la noche. Con esto no quiero decir que *La serva padrona* de Giovanni Battista Pergolesi haya fracasado; lejos de eso, sino que la unión de música-canto-dramaturgia alcanzó una igualdad que pocas veces se puede ver en los escenarios. Ciertamente el *intermezzo* de Cimarosa es pequeño, pero la riqueza clásica de escritura, tanto para los instrumentos como para la voz, aunado a la vitalidad histriónica que requiere del único personaje hacen de ella un *tour de force*.

Tanto en lo vocal como en la caracterización, Blásquez ahondó su papel de tal forma que ante nosotros teníamos a un maestro de capilla irascible y apasionado, charlatán y mercurial, que incluso parodió en algún gesto al antiguo director de la OSUANL. Vocalmente, hacía un tiempo que no se escuchaba a un Blásquez con todos los escollos resueltos. La voz se escuchó firme, segura con la difícil fioritura, sólida en los cambios de registro, manteniendo la línea vocal a pesar de la vitalidad de su actuación. Ayudó en gran medida la batuta del joven maestro **Iván López**, que subrayó la algarabía pre-rossiniana de la música. La Orquesta de Cámara de la Facultad de Música de la UANL desplegó sonoridades de gran refinamiento con una destacada participación de las maderas.

En *La serva padrona*, intermezzo de Pergolesi (de quien este año se celebra el tricentenario de su natalicio), disfrutamos de una comedia más sobria en donde **Guillermo Ruiz** mostró una voz de barítono oscura, amplia, flexible en su extensión y homogénea en todos sus registros. Técnicamente irreprochable, aunque un poco soso en la caracterización de su personaje.

Contrastó la Serpina de **Ivet Pérez**, que llenó su personaje con un instrumento amplio, matizado para empastarse con un papel para medios más ligeros y una técnica al servicio de una expresividad musical sólida. En algún momento se pudo escuchar un agudo más voluminoso que delató el tamaño de los medios vocales. Su caracterización fue ingenua y maquinadora, dejándonos la impresión de que quizá por Uberto no hay sentimientos muy profundos. ●

por **Ricardo Marcos**